

## La problematización de las identidades-unidad en la diversidad. Colombia como sede de la Primera Reunión de Ministros y Encargados de Cultura del Movimiento de Países No Alineados

Manuel Ernesto Salamanca

Comenzaré por relatar una anécdota que me pareció relevante para el tema de esta ponencia: durante un seminario sobre gestión cultural al que asistí hace muy poco, un gestor cultural, tratando de explicarse las razones de lo que él llamaba "el conflicto colombiano", citaba "esa falta de identidad, esa falta de fuerza de cohesión que pudiese definir la colombianidad", como la razón para que la manera más común de resolver los conflictos en nuestro país fuese la vía armada.

No sin sorpresa, hallé en esa aseveración las razones para plantear esta intervención. Pues, justamente, mi opinión es contraria a la de este personaje, quien sus razones tendría para abordar una cuestión de la "identidad colombiana" desde esa perspectiva. Y es que, justamente, aspirar a una unidad en la identidad como la manera de resolver un conflicto es, en mi concepto, una forma totalizante de abordarlo y, por lo tanto, contraria a la tendencia pluralista de la que hemos hablado cuando nos referimos a la interculturalidad.

En efecto, decir que el conflicto colombiano se podría resolver con una llamada a la unidad de la identidad, resulta del desconocimiento sobre que en Colombia no hay un conflicto sino varios, que se pelean desde frentes diversos y que por lo mismo involucran a la más heterogénea naturaleza de actores. Por mencionar, de una manera no jerarquizada, y como

me vienen a la cabeza, puedo enumerar: un gobierno elegido democráticamente que enfrenta problemas de credibilidad; cuerpos de seguridad, con miembros del ejército y de la policía; una guerrilla armada con un proyecto de toma del poder por las inmensas organizaciones de crimen organizado, dedicadas principalmente al tráfico y comercio de narcóticos y debilitadas en los últimos tiempos; criminales comunes que organizan bandas o actúan por su propia cuenta; grupos de autodefensa que toman la justicia por sus manos; ciudadanos y ciudadanas afectados por los conflictos derivados de los diversos tipos de enfrentamientos que resultan por las agresiones en diferentes direcciones de los frentes que acabo de mencionar.

Esta descripción, suscita y poco ambiciosa, apenas da una idea de que los conflictos en Colombia son polivalentes, y que por lo mismo se requiere de un ojo crítico que, en aras de resolverlos, tenga la capacidad de la sorpresa, de estar preparado para prácticamente cualquier cosa, y que entienda la naturaleza plural de los mismos. Parece cierto que, definir una identidad colombiana, en este sentido, es tan utópico como falta de visión sobre la realidad de las cosas, pues de seguro los rasgos que definen a los actores que acabo de mencionar me darían pocos elementos para encuadrarlos en la casilla de una caracterización que me permitiera llamarlos a todos simplemente "colombianos" y en aras de esa

"colombianidad" plantear que la solución de sus conflictos multivalentes fuese tan sencilla como hacerles creer que por "colombianos" saldríamos de nuestros graves líos.

Esta corta introducción me es útil para decir que, tanto como a la violencia misma, le tengo un profundo temor a las respuestas absolutas. Y les temo en tanto guarden para sí proyectos unificantes. Descreo hasta el escepticismo de todas aquellas interpretaciones que proporcionen una respuesta universal, que diagnostiquen fórmulas completas, totalizantes, y que prescriban una como la solución correcta para problemas de diversa índole interior. La naturaleza plural, multivariada y variante de nuestras problemáticas, que nos aquejan por igual como colombianos, latinoamericanos o ciudadanos del mundo, nos prohíbe la peligrosa aventura de pretender, aún con buenas intenciones, el imposible y falso imperativo de querer alcanzar lo absoluto cuando nos arriesgamos a opinar sobre, por ejemplo, nuestra identidad.

Continuaré con una confesión. Antes de dar título definitivo a esta ponencia, mi idea era llamarla "Contra las identidades". Reflexioné un poco sobre la temática general del seminario, sobre el tema específico al que se me pidió referirme, y concluí que semejante nombre podría ser inapropiado. Preferí entonces no correr un riesgo semántico y opté por incluir, en el título de mi ponencia, las palabras "problematización de las identidades". Y lo hice no por huir al romanticismo justificado de todos aquellos que claman por la identidad latinoamericana y el amor a lo propio como uno de los elementos que nos permitirán pensar en posibilidades de integración, sino por cuestionar las razones que, en tiempos de la incertidumbre, nos llevan a proponer este camino que podría sugerirnos formas nuevas de nuestra seguridad.

La posguerra fría ha determinado, entre muchas otras cosas, el que la seguridad se plantee como un problema interno de los estados. De hecho, la supuesta ausencia del riesgo de una confrontación entre las dos grandes potencias, replanteó el concepto de seguridad en tanto la naturaleza de los conflictos varió, aparentemente, de forma fundamental. Cuando se dejó de hablar de guerra total, con la amenaza nuclear en teoría desdibujada, fue evidente que los conflictos menores se intensificaron. Menores en tanto individualmente parecían de dimensiones pequeñas, pero dramáticamente preocupantes en cuanto su costo en vidas humanas superaba varias veces el de las guerras mundiales juntas.

Todo esto ocurría al ritmo del promocionado "fin de la historia" que sirvió únicamente para darnos cuenta de que, ese giro del tiempo ocurrido con la caída del bloque comunista en 1989, significaba no la muerte de la historia sino el nacimiento de muchas. Las menos de las veces pacíficamente y las más con sangre, sudor y lágrimas, variadísimas identidades nacionales, ignoradas por el desconocimiento culpable de regímenes autoritarios, comenzaron una etapa de reivindicaciones que alertaron al mundo sobre la manera cómo la diversidad era una fuerza que se imponería a toda costa, de una forma inevitable.

Los mapamundis cambiaron, y las cifras nos hablan de que "en la actualidad la mayoría de países son culturalmente diversos. Según estimaciones recientes, los 184 Estados independientes del mundo contienen más de 600 grupos de lenguas vivas y 5.000 grupos étnicos. Son bien escasos los países cuyos ciudadanos comparten el mismo lenguaje o pertenecen al mismo grupo étnico-nacional<sup>1</sup>. Por lo tanto, labor bien ardua, e inútil, resulta querer definir identidades nacionales específicas que nos brinden marcos de referencia dentro de los cuales enmarcar las acciones de los grupos humanos.

Las diversas sociedades, y los diversos tipos de sociedades, encierran dentro de sí una multivariada aproximación a la naturaleza de sus propias problemáticas, que depende de la forma cómo los diversos grupos humanos que las componen conciben el mundo.

Pero lo que sí podemos identificar, en la búsqueda de los orígenes, son las razones para que los diversos grupos humanos tomen cierto tipo de decisiones o enfrenten sus problemas de una u otra forma. Es ello lo que nos define la seguridad humana de los diversos individuos, y la explicación útil para cualquier ser humano, de los puntos en donde se empezaron a definir cosmogonías, formas de interacción social, maneras de apropiarse de la naturaleza y hasta métodos de relación con los semejantes, bien sean del mismo país, bien sean de nacionalidades diferentes.

Esto nos explica el que, en el argot de los politólogos y de tantos científicos sociales de la actualidad, haya surgido con tanta fuerza la cuestión del *otro* o la *otra*. La alteridad, esa dimensión de nuestro semejante en cuanto se presenta diverso o diversa a nosotros mismos, en cuanto es un yo diverso del yo que he edificado a lo largo de la existencia, es lo que nos autoriza a pensar en la integración desde el reconocimiento de lo diverso, y en lo que comúnmente se llama la unidad en la diversidad.

Si algo tenemos en común es lo diferentes que somos unos de otros. Pareciera que "somos diversos y tenemos derecho a serlo; en ocasiones, tenemos el deber de serlo. Y lo tenemos en cuanto la conciencia sobre nuestras propias diferencias es lo que nos posibilita para situarnos en un mundo con varios miles de millones de destinos que comparten un espacio. La posibili-

dad abierta de ser la *otra* o el *otro* para los demás, y comprender que ese otro y esa otra son a su vez nuestro otro y nuestra otra, puede constituirse en un primer peldaño para replantear las relaciones de intolerancia y, por qué no, de exterminio, tan comunes en la historia de la humanidad"<sup>2</sup>.

El otro es lo inevitable, lo innegable de nuestra existencia, lo que no podríamos desconocer más que en una ceguera similar a la estupidez. El otro es aquel o aquella que comparte con nosotros el riesgo milagroso del conocimiento sobre el o la semejante que nos autoriza a creer en la posible convivencia. Es la prueba de que nuestra existencia tiene un sentido sólo en la medida en que cada uno sea el otro o la otra positivos para el otro u otra que contempla, es decir, que el otro o la otra es en sí una toma de conciencia sobre el propio ser y, en palabras de Baudrillard, lo que nos escapa pero, sobre todo, "lo que nos permite no repetirnos hasta el infinito"<sup>3</sup>.

Esta cuestión de la alteridad se plantea, pues, como alternativa de integración y, más que nada, como alternativa creativa. Los más radicales, en una opción que podría leerse como un nuevo cristianismo, han resumido el desprendimiento del propio ser, y el ofrecimiento del propio silencio, como la manera de entrar a pertenecer al espacio del Otro o la Otra. Derrida, en un radical tratado sobre la responsabilidad del dar, y de ofrecer aún la muerte al Otro o la Otra, habla de la desaparición como la manera adecuada, ética y responsable de acercarse a lo que el llama el *mysterium tremendum* en que consiste la dimensión de la otredad<sup>4</sup>. Baudrillard le hará eco cuando plantea que la imposibilidad de llegar siquiera a aproximarse al Otro o la Otra, es la más hermosa tragedia con la cual los seres huma-

2. SALAMANCA, Manuel E., en "La promoción de la cultura colombiana en el exterior: una cuestión de diversidades", *Revista de la Cancillería de San Carlos* No. 22, Santafé de Bogotá, mayo de 1997

3. BAUDRILLARD, Jean, *The Transparency of Evil*, Verso, New York, London, 1993.

4. DERRIDA, Jacques, *The Gift of Death*, The University of Chicago Press, Chicago, Londres, 1995.

nos debemos convivir, y sugiere que "debemos recuperar los caminos de una estética de la desaparición"<sup>5</sup>.

No es el caso de tomar demasiado en serio a teóricos que, repetidamente calificados como irresponsables, han planteado modelos aplicables en sociedades desarrolladas, o especulaciones teóricas para modelos sociales en los cuales gran parte de las necesidades básicas está resuelta. Sin embargo, hemos de rescatar de sus discursos la propuesta del respeto incondicional por la condición del *otro* o la *otra*. Si hemos de actuar consecuentemente con la diversidad que se impone, con la realidad plural de un mundo multicultural, multiétnico y polivalente, cierto es que el reconocimiento de la alteridad como presupuesto de nuestra existencia es un imperativo ético que no da espera.

Y esa ética es la que el español Mujica ha llamado "ética de la debilidad", esa circunstancia límite en la que el propio poder se transforma en solidaridad, el punto en el que el ser humano es capaz de la entrega y es capaz de renunciar a sí mismo, de abandonarse, para encontrar que "la pertenencia al [sí] mismo [está] en el movimiento de la entrega al otro"<sup>6</sup>. Este particular altruismo, radical en su justa medida, nos faculta para pensar que el reconocimiento de la alteridad puede ser una manera positiva de la afirmación de una suerte de identidad distinta a la nacional. Hablo de una identidad que, en la diferencia y en la exploración de las singularidades, nos permita adentrarnos en el reconocimiento de lo que como seres humanos tenemos en común y que quizás es nuestro más grande tesoro: nuestra diversidad, nuestra manera de ser tan distintos unos de los otros, y el descubrimiento de que la naturaleza común es justamente esa posibilidad de construir el amor y la solidaridad desde nuestras disímiles condiciones.

Este debate, en los círculos intelectuales del mundo desarrollado, ha dado para que se elaboren largos y complicados discursos sobre una modernidad mal concluida y totalizante, que de repente da paso a un tiempo nuevo en el que las cosas se piensan desde las crisis y el desarraigo de los seres humanos. Los sistemas tradicionales de pensamiento, producción de conocimiento y desarrollo demostraron su falibilidad: antes de corregirse dejaron el sabor amargo de la incertidumbre, por cuanto, rígidos, jamás elaboraron respuestas para la falsa inmunidad que tarde o temprano fracasaría. Esa falta de disposición y de preparación para el error es lo que, leído desde una perspectiva apocalíptica, nos explica que la capa de ozono esté en peligro y que, por ende, tomar el sol sea una operación suicida.

Preferible es, para nuestro caso latinoamericano, pensar que la modernidad, importada e impuesta en un proceso sangriento sobre el cual opto por no hacer memoria, tomó caras diversas que respondieron a las maneras diversas como se asumió en cada rincón de nuestro continente. De esta forma, dado soy a decir que la problematización sobre la modernidad en nuestro entorno nos explica que no hay una modernidad sola sino manifestaciones diversas de ella. Dicha ocurrencia se da por las situaciones espacio-temporales tan disímiles que se viven simultáneamente en nuestro continente y al interior mismo de los territorios nacionales. Para nadie es secreto que así como en las grandes urbes latinoamericanas las relaciones laborales y de producción de ciertas empresas y sectores económicos son claramente poscapitalistas, en los campos, a pocas horas cuando no minutos de ellas, encontramos sistemas de producción que historiadores y sociólogos calificarían como medievales.

5. BAUDRILLARD, Jean, *El otro por sí mismo*, Editorial Anagrama S.A., Barcelona, 1994.

6. MUJICA, Hugo, *Una ética de la debilidad*, en *Debats* 57: 58, Valencia, 1996.

De allí la importancia de que los planes de desarrollo nieguen modelos y más bien se plan-teen desde las especificidades de cada sector de la población, a partir del consenso entre los ciudadanos y ciudadanas y desde sus necesidades. Los modelos tradicionales de desarrollo, basados en las ideas absolutas del progreso y de la civilización, nada más que estadísticas y realidades comparativas de sabor amargo nos han dejado, cuando no políticas de dominación y control de los más fuertes sobre los más débiles. En fin, ha llegado la hora de vencer la imagen de que los futuros han de concebirse desde mapas que se elaboran antes de los territorios y de esfuerzos por mantenerse fieles a ellos, sin tener en cuenta la naturaleza cambiante de nuestra existencia.

Pero la problematización sobre la modernidad, y sobre las identidades nacionales que son un producto de ella, nos debe conducir a una dimensión de la alteridad que se proyecte con fines de integración. Para ello es necesario que pensemos en la cultura y que la identifiquemos como el tejido mismo de nuestra naturaleza, de nuestras relaciones con los demás y con el mundo, y que, lejos de definirla, seamos capaces de comprenderla como el punto primordial a partir del cual podremos pensar en un futuro para y con nuestros semejantes. Es entonces que el reconocimiento de la diversidad se torna herramienta de trabajo y que estamos en grado de ir un poco más allá, para entender que la otredad constructiva y creativa, que nos permite ver y vernos en el Otro o la Otra es una alternativa clarísima para aventurar la cooperación.

Estamos hablando de solidaridad. De una solidaridad altruista, tan desprendida de las ideas rígidas sobre nuestra identidad, que nos permita al mismo tiempo ser nosotros mismos y ser lo que necesitamos ser cuando nos enfrentamos al Otro o

la Otra en nuestra opción creativa. La diversidad y el pluralismo son los mejores materiales para construir una nueva identidad del mundo en desarrollo, por cuanto el reflejo y la puesta en común de nuestras problemáticas, en una sana relación de reconocimiento de lo diverso, nos reafirma en los elementos que nos aproximan a identificar los rasgos comunes de nuestra humanidad compartida y solidaria. Así, y sólo así, seremos capaces de plantear alternativas a los imperativos del progreso, desde y a favor de nuestras especificidades.

Existe un documento fundamental, publicado por la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo e la UNESCO en 1996, que luego de cuatro años de trabajo produjo un informe que marca pautas importantísimas: por un lado sugirió un lenguaje nuevo para hablar sobre temas de cultura y desarrollo, y por el otro puso sobre el tapete las necesidad de replantear estos conceptos, y la necesidad de definirlos desde las especificidades de cada grupo humano, en los albores del milenio venidero que ya ha dejado de ser futuro para ser presente latente.

Declara la UNESCO que "Una de las libe- nades más fundamentales es la de poder definir nuestras necesidades básicas. Esta libertad se ve amenazada por una combinación de presiones globales y negligencia asimismo global. La internacionalización de los procesos culturales es por lo menos tan importante como la de los procesos económicos"<sup>7</sup>. Además, leemos también que existe una escala primordial del desarrollo humano gracias a la cual, de cara al porvenir, los imperativos del progreso se cuestionan. En efecto, "a principios de la década de los 90, estaba claro que había que trascender lo económico, sin abandonarlo. La noción de desarrollo mismo debía ampliarse, pues los criterios económicos no eran suficientes para facilitar un programa para la

7. PÉREZ DE CUELLAR, Javier, et al., *Nuestra diversidad creativa, Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo*, UNESCO, París, 1996.

dignidad y el bienestar. La búsqueda de otros criterios llevó al PNUD a elaborar en 1989 la noción de "desarrollo humano que mide el desarrollo en términos de posibilidades y capacidades del ser humano que van desde la libertad social, económica y política, hasta las oportunidades individuales para estar sano, recibir educación, ser productivo, creativo y disfrutar el respeto personal y los derechos humanos"(Subrayados de la autora)<sup>8</sup>.

Interpreto esta lectura como la manera clara de oponer, a las tendencias de la globalización, el derecho a las especificidades y, más que nada, al desarrollo cultural. El adjetivo "cultural" ha ganado una preponderancia necesaria al lado del sustantivo "desarrollo" en los últimos años. Ha llegado a ocupar el lugar tradicional del adjetivo económico, y ello nos demuestra que la cultura gana, como hace algunas décadas la cuestión ambiental, un espacio merecido en lo que tiene que ver con los cuestionamientos del progreso. Por lo mismo, se convierte en arma para oponerse a las tendencias furiosas de la globalización que, precisamente, dan al traste con la diversidad inevitable que hemos querido aproximar.

Reconocemos que:

"1... los procesos económicos de globalización traen consigo la uniformidad de los estilos de vida que amenazan la sobrevivencia de la diversidad cultural, y además una reacción que lleva a la reafirmación de la identidad y valoración de lo propio.

2. Que la identidad de América Latina está basada esencialmente en los bienes producto

de su devenir histórico enriquecido por lo aportes de diferentes culturas, que han generado las expresiones de su ser, produciendo una unidad igualmente enriquecida por la diversidad"<sup>9</sup>.

En la medida de ello, sería preferible dar una dimensión nueva a la globalización, de forma que allende los procesos de homogeneización y universalización de valores, "si ha de globalizarse algo, que sea el derecho a lo diverso que cada mujer y hombre de cada pueblo de la tierra puede y debe ejercer. Que se globalice el diálogo entre diferentes y el sano intercambio de pareceres; que se globalice la inatajable creatividad humana desde lo que tienen para decir los nuevos protagonistas de la historia: ciudadanos y ciudadanas del común en la búsqueda de su origen y de salidas específicas a los atolladeros que aparecen al tiempo tan globales a todas las naciones y tan particulares a cada una"<sup>10</sup>.

Ese ejercicio de la propia diversidad es lo que he interpretado como desarrollo cultural que se convierte en derecho humano fundamental. Esa diversidad creativa es, por tomar prestado el nombre que la UNESCO dio a su informe sobre cultura y desarrollo, el paso inevitable de las necesidades específicas que se imponen a los modelos de progreso fundados en el monismo de los indicadores económicos; y, fundamentalmente, esa diversidad creativa es lo que nos permite pensar en la Cultura desde una perspectiva amplia, que lejos de definirla nos brinda un espectro de ella como elemento primordial en la búsqueda no de una identidad, sino de las diversísimas identidades.

La Cultura de la que estoy hablando es una cultura de diversas dimensiones, proyectada

8. ARIZPE, Lourdes, *Análisis de "Nuestra diversidad creativa", propuestas de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo*, copia fotostática de la ponencia presentada durante el IX Foro de Ministros y Responsables de Políticas Culturales de América Latina y el Caribe, Cartagena, Colombia, 1997.

9. UNESCO - ICCOIL, *El tráfico ilícito de bienes culturales en América Latina*, Plessis - Robinson, Francia, 1996.

10. SAMPER, Olga, *del texto de la charla pronunciada durante el "Seminario Maltaux"*, Santaló de Bogotà, abril de 1997.

más allá de las expresiones artísticas, académicas, empíricas o folclóricas. Se trata de una Cultura polivalente, multidimensional, que es muchas en sí misma y que es transmisión del comportamiento y fuente dinámica de cambio; libertad que abre posibilidades de innovación; creatividad que implica no solamente la producción de un nuevo objeto o forma artística, sino también, y fundamentalmente, la solución de problemas de diversa índole; fuente de energía, inspiración y empoderamiento; conocimiento y reconocimiento de diversidad. Comprende, más allá de las artes y las letras, modos de vida, derechos fundamentales, sistemas de valores, tradiciones y creencias, generados de forma individual y colectiva por los ciudadanos y ciudadanas de una nación. Igualmente, define las relaciones del ser humano con la naturaleza, con su grupo y otros grupos, y las relaciones con la visión global del mundo.

Debo decir que estas ideas sobre la Cultura no son originales y que, al contrario, hacen parte de un mensaje institucional que como funcionario del Gobierno de Colombia, debo aportar a este seminario taller. En efecto, este espíritu hace parte de nuestra recientemente aprobada ley de la cultura y emana de una lectura que compendia varios de sus artículos. La ley, sugiere la superación concepto de la cultura exclusivamente como bellas artes y folclor, asignándole la amplitud que tiene en el desarrollo integral de los pueblos y consecuente mejoramiento de la calidad de vida. Además reconoce en la política cultural un medio para la superación de la marginalidad, la pobreza y el desarraigo social, mediante el establecimiento de un nuevo orden internacional, que respete los derechos culturales de los pueblos, acorde con los ideales de libertad y justicia social, una auténtica democratización de la cultura y la defensa de la paz.

La ley, polémica como debe serlo en el ambiente democrático, ha posibilitado además el que la discusión sobre los temas culturales llegue a la instancia de la toma de decisiones, pues

incluyó la creación de un Ministerio de Cultura que comenzará a funcionar desde agosto próximo. Creo que la dimensión nueva de la Cultura en Colombia también está dada por el hecho de que sea prioridad en los lineamientos de nuestro alto gobierno, y que sólo en este nivel podemos esperar que alcance la relevancia deseada.

## No alineamiento y Cultura: otro debate necesario

Quisiera terminar esta intervención haciendo referencia al que quizás sea el compromiso internacional más importante de Colombia este año. Hasta el año próximo, cuando se espera el relevo de Suráfrica, nuestro país ostenta la dignidad de ser el Presidente del Movimiento de Países No Alineados.

Sobre el Movimiento, diré brevemente que nació como una organización de 26 naciones unidas para hacer frente al colonialismo, que luchaban por la independencia, el derecho al autogobierno y a ser diversos. En la realidad de un mundo bipolar, se conformó como un grupo de países que no pertenecía a la línea de las dos potencias determinantes de la época, la antigua Unión Soviética y los Estados Unidos. Poco a poco, el número de sus integrantes se incrementó, para llegar a ser hoy la más grande agrupación sólida, dentro de la Organización de las Naciones Unidas, de 113 países. 36 años después de su creación, el Movimiento permanece fiel a los principios fundamentales de Bandung, y continuamos abogando por el derecho a la diversidad.

Pese a la multipolaridad del mundo actual, la vigencia del no alineamiento es patente. El número de habitantes de los estados miembros es el 65% de los seres humanos sobre la Tierra y casi la totalidad de la población del mal llamado Tercer Mundo. Por eso, el movimiento no es una voz aislada sino un enorme espacio del cual debe surgir la concertación y desde el que se piensa en una perspectiva Sur-Sur del mundo. Como explica

nuestra Canciller, "...se acabó, es cierto, la Guerra Fría pero aún no terminan ni la pobreza, ni el aislamiento, ni la depredación ambiental, ni las restricciones comerciales y tecnológicas que se oponen en el camino de nuestras posibilidades de progreso. El problema de la deuda externa sigue pesando, como una piedra en el cuello, en las posibilidades de desarrollo de nuestros países. Las limitaciones al acceso de la tecnología han dividido el mundo entre los que saben y los que no saben, creando una especie de *apartheid tecnológico* que convirtió el conocimiento en un artículo de lujo"<sup>11</sup>.

Conciente de estas problemáticas, y en la urgencia del debate cultural desde una perspectiva de integración Sur-Sur, Colombia ha emprendido una cruzada en pro de la **tolerancia y el respeto por la diversidad y el desarrollo culturales en la era de la globalización**. Siguiendo el mandato de la Cumbre de Jefes de Estado o de Gobierno de Cartagena, 1995, organiza, del 3 al 5 de septiembre próximos la **Primera Reunión de Ministros o Encargados de Cultura del Movimiento de Países No Alineados**.

Esta reunión será un espacio abierto para el intercambio cultural, y el caleidoscopio a través del cual la diversidad cultural de muchos pueblos, con un proyecto común y alternativo de desarrollo, basado en el reconocimiento de las necesidades específicas que resultan de sus problemáticas comunes como parte del llamado Sur del mundo, queda puesta en evidencia y, sobre todo, ofrecida para el intercambio y el diálogo entre diferentes gracias a los cuales se llega a la concertación. Veo en este evento un ejemplo perfecto de interrelación entre actores heterogéneos y de opción de diálogo intercultural y consenso en la toma de decisiones (si debo atenerme a la temática que se me sugirió como invitado a este seminario taller).

A partir del tema central, son cuatro las líneas de trabajo que Colombia ha propuesto para esta reunión ministerial:

### 1. Patrimonio cultural y diversidad

La Diversidad y el patrimonio de una nación están íntimamente ligados ya que la esencia de cada ser humano es su pertenencia a unas especificidades culturales que le habrán de brindar marcos de actuación, creación y producción. Hemos entendido por patrimonio cultural todos aquellos bienes tangibles e intangibles, presentes, pasados o futuros, que representan la sumatoria del ser colectivo de cada pueblo, las costumbres y los hábitos, así como el conjunto de bienes materiales e inmateriales, muebles e inmuebles.

Reconocemos además que el más importante elemento del patrimonio cultural de una nación es la gente, sus etnias y formas de comunidad, y sus características propias, lenguas, valores, creencias, religiones, historias, temores y esperanzas, así como sus manifestaciones creativas. Por lo tanto, deberá ser prioridad de los gobiernos la preservación de este patrimonio, a través de planes de inventario, evaluación, recuperación, mantenimiento, rehabilitación, conservación y uso del mismo, que faciliten su puesta en común y abran las puertas para el conocimiento y reconocimiento de la alteridad propia y ajena.

### 2. Educación y tolerancia

La educación puede ser una de las mejores herramientas, en tanto democrática y participativa, para fomentar la tolerancia entre los seres humanos y el respeto por las diferencias. Es un derecho y un deber, a la vez que un elemento indispensable para el desarrollo económico y

11. MEJÍA, María Emma, en su ponencia durante la Reunión Ministerial del Movimiento NOAL de Nueva Delhi, India, en Revista de la Cancillería de San Carlos No. 22, Santafé de Bogotá, mayo de 1997.

social de sus pueblos y debe obedecer a políticas propias y particulares que aseguren el acceso de todos los individuos a una educación de calidad. Ello, reforzando los principios de diversidad cultural en la enseñanza, gracias a programas que contemplen la enseñanza de una nueva historia, una que involucre al educando como sujeto y protagonista, y le ayude a formar una conciencia sobre su contexto y sobre el contexto de los millares de semejantes que le rodean.

"Atrás ha quedado la historia de los próceres, de los héroes vencedores y vencidos: más bien, enfrentamos el crucial momento en el que la historia ha recobrado su fundamental dimensión humana, el mismo en el que ha comenzado a escribirse con la tinta de las especificidades de los hombres y las mujeres comunes que la protagonizan y son los primeros afectados por ella. Sólo así, es que la historia se transforma en elemento liberador; sólo así, es que la historia alcanza su dimensión constructiva y constructora. Si comprendemos la dimensión plural de la historia también lograremos asumir el reto que significa enseñarla en orden a construir el futuro. Sólo una historia que contribuya a la formación de mujeres y hombres capaces de verse a sí mismos como entidades constructoras, pero, sobre todo, de contemplar a los demás, a los otros, como agentes indispensables para la consecución de las metas comunes, es la que podrá sernos útil en el proyecto de concretar pasos hacia la convivencia pacífica".<sup>12</sup>

### 3. Comunicaciones y globalización

Identificamos en el diálogo el mayor estímulo al reconocimiento de la diversidad cultural de los pueblos. Los medios de comunicación masiva no deben ser instrumento para la dominación intelectual y cultural de un país sobre otro mediante la tendencia evidente al monopolio

de la información que paulatinamente coarta la libertad y promueve la hegemonía cultural.

La comunicación es uno de los elementos que define las especificidades culturales de los pueblos de la Tierra, y debe convertirse en una herramienta a nuestro servicio, de manera que universalice los preceptos de la diversidad y el derecho al desarrollo cultural. La generalizada tendencia mundial hacia la globalización, implica el peligro de que los países industrializados impongan valores, concepciones y estilos de vida a las naciones en desarrollo, generando el detrimento y aún la pérdida de las múltiples identidades culturales autóctonas. El reto será encontrar mecanismos adecuados para conseguir el equilibrio entre el desarrollo y la preservación del patrimonio cultural.

No podríamos desconocer que los medios de comunicación, en la era de la globalización, tienen un papel preponderante como gestores de cultura. Lejos de satanizarlos, la pericia de los expertos y de los científicos sociales será la de redefinir su papel frente a la cultura para que se de la tan ansiada victoria del mensaje sobre el medio y se canalice la producción desaforada de mensajes hacia el reconocimiento de las diversidades que conviven en la Tierra.

### 4. Planeación y desarrollo cultural

Todo Estado debe garantizar a los ciudadanos y ciudadanas equidad en las oportunidades para desarrollar libremente sus derechos culturales, a través de planes de desarrollo y cooperación cultural que posibiliten el ejercicio de la libertad cultural y la expresión de la creatividad en un ambiente de cooperación. Las políticas culturales deberán tener en cuenta tanto a los creadores, como a los gestores y los receptores de cultura, concediendo especial tratamiento a

12 REYES RODRÍGUEZ, Camilo, del manuscrito con el texto de la ponencia pronunciada durante el Seminario de enseñanza de la historia para la integración y la paz, Cartagena, Colombia, 1996.

personas limitadas física, sensorial y psíquicamente, de la tercera edad, la infancia y la juventud, y los sectores social, cultural y económicamente más necesitados.

Debemos insistir en el papel fundamental que la Cultura cumple en el desarrollo económico, político, social de los estados y la necesidad de que se tenga en cuenta en la planificación de las metas para el desarrollo en los niveles nacional e internacional. No podremos olvidar que desarrollo, en los albores del milenio nuevo, es sinónimo de desarrollo cultural, de necesidades específicas reconocidas y enfrentadas desde planes particulares que reconocerán la diferencia y el multiculturalismo de los grupos humanos.

Son éstas las propuestas colombianas cuando el cumplimiento de sus compromisos internacionales se ha vuelto una cruzada en pro del reconocimiento de las diversidades y de los derechos culturales de los pueblos de la Tierra. Multipolar, como se presenta el nuevo Nuevo Orden Internacional, hemos de reconocer con Huntington que "en el mundo de posguerra fría, por primera vez en la historia, la política global se ha vuelto multipolar y muticivilizacional... En este nuevo mundo la política es la política de la etnicidad; la política global es la de las civilizaciones... En el mundo de posguerra fría, la cultura es a la vez una fuerza divisiva y unificadora".<sup>13</sup>

Por ello deseo concluir con una referencia a la sociedad civil, como actor heterogéneo de todos estos procesos, y protagonista del debate sobre la cultura. "La sociedad democrática... debería renunciar a toda ilusión de unidad, [pues] comporta el proyecto de una sociedad que únicamente se puede integrar en el reconocimiento institucionalizado de su desintegración normativa... No se mantiene, en efecto, porque los grupos conflictivos sacrifican en favor de un imaginario consenso sus orientaciones necesariamente interesadas e irreconciliables. Por el contrario, [las sociedades democráticas] forman su capital simbólicamente integrador precisamente en el proceso de estas confrontaciones condicionadas estructuralmente"<sup>14</sup>.

Es así que la diversidad se impone en una fuerza que jamás sabremos eludir. Aun, y sobre todo, en la búsqueda de los consensos nacionales o internacionales, nuestro presupuesto ha de ser que el futuro no se presenta como un monolito sino que es un árbol de posibilidades; todas ellas sujetas a las interpretaciones y al carnaval de pareceres que la naturaleza humana y diversa puede imaginar mientras construye el camino hacia un amor solidario, posible y, sobre todo, distinto. ♣

13. HUNTINGTON, Samuel P., *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, 1997.

14. DUBIEL, Helmut, *Metamorfosis de la sociedad civil*, en Debates 50, Valencia, 1994.